

de César? han desaparecido con sus vastos imperios, mientras que después de treinta ó cuarenta siglos Israel existe todavía para repetir su cántico, el cual no sabe qué es lo que más inspira, si el temor y la confusión, ó el amor y la confianza.

Cuando Moisés concluyó de decir estas cosas á todo Israel, añadió:

«Grabad en vuestro corazón todas las cosas que yo os he intimado en este día; para que recomendéis á vuestros hijos que guarden, ejecuten y cumplan todo cuanto está escrito en esta ley.

»Porque no en vano se os han dado estos preceptos: sino á fin de que cada uno halle la vida en ellos, y ejecutándolos permanezcáis largo tiempo en la tierra, en cuya posesión vais á entrar, pasado el Jordán».

En aquel mismo día el Señor dijo á Moisés:

«Sube á esa montaña de Abarin, esto es, de los pasajes, al monte ó colina de Nebo; que está en el país de Moab, enfrente de Jericó; y contemplarás la tierra de Canaán, cuya posesión yo entregaré á los hijos de Israel. Y después morirás en el monte.

»Al cual habrás subido, y serás incorporado con tu pueblo; al modo que Aarón, tu hermano, murió en el monte Hor, y fué reunido con sus gentes.

»Por cuanto prevaricásteis contra mí en medio de los hijos de Israel, allá en las aguas de Contradicción, en Cades del desierto de Tsin; por no haberme honrado como debíais, entre los hijos de Israel.

»Verás delante de tí la tierra que yo daré á los hijos de Israel, pero no entrarás en ella».

Moisés, como un padre en el momento de dejar á su familia, dió su bendición á cada tribu, y terminó con estas palabras:

«No hay otro Dios como el Dios de Israel. El que está sentado sobre los cielos es tu protector. Su gran poder es el que hace correr las nubes de una parte á otra.

»Arriba en lo más alto de los cielos está su morada y llegan acá abajo sus brazos ó poder eterno. Arrojará de tu presencia al enemigo, y le dirá: Quédate reducido á polvo.

»Con esto Israel estará en su país seguro y separado. Tiende, oh Jacob, la vista por tu tierra abundante de trigo y de vino; el rocío caerá con tanta abundancia, que se obscurecerá el cielo.

»Bienaventurado eres, oh Israel: ¿Quién hay semejante á tí, oh pueblo afortunado, que hallas tu salud en el Señor? Él es el escudo que te cubre y defiende, y la espada que te llena de gloria. Tus enemigos rehusarán reconocerte; pero tú los sojuzgarás, y pondrás el pie sobre su cuello.

Subió, pues, Moisés de las llanuras de Moab sobre el mar de Nebo, á la cumbre del Fasga, enfrente de Jericó; y mostróle el Señor toda la tierra de Galaad, hasta Dan, y toda Neftalí, y la tierra de Efraim y de Manassés, y de toda la tierra de Judá hasta el mar occidental y la región del Mediodía, y el espacioso campo de Jericó, ciudad de las palmas, hasta Segor. Y dijole el Señor:

«Hé ahí la tierra de la cual juré á Abraham, á Isaac y Jacob, diciendo: A tu descendencia se la daré. Tú la has visto con tus ojos; mas no entrarás en ella».

Y murió allí Moisés, siervo del Señor, en tierra de Moab habiéndolo así dispuesto el Señor. Y le enterró en el valle de la tierra de Moab, enfrente de Fogor, y ninguno ha sabido á esta fecha el lugar de su sepultura. Moisés contaba ciento veinte años cuando murió, sus ojos no se habían obscurecido, sus fuerzas no le habían abandonado. Y los hijos de Israel le lloraron en la llanura de Moab durante treinta días. Todavía hoy los dispersos restos de Israel lloran todos los años la muerte de Moisés.

En la época en que murió el legislador de esta nación siempre viviente, no se ve historia cierta y continuada entre ningún pueblo. Los que más tarde se hicieron célebres, los griegos y los romanos, no existían todavía. La mayor parte de los personajes que honraron en séguida como dioses, no habian nacido aún. La Grecia aparece entonces habitada por bárbaros sin letras y sin agricultura. No les había llevado Caduco el alfabeto de Fenicia; ni Ceres les había enseñado aún á cultivar los campos. Troya no había sido fundada todavía; Roma no lo fué hasta siete ú ocho siglos después.

En los anales del género humano no hay ningún hombre semejante á Moisés. A través de treinta y cuarenta siglos, un pueblo humanamente inexplicable recuerda de él continuamente el nacimiento, la vida, la muerte, los prodigios, las leyes; en sus fiestas, sus casos y ceremonias; lee con tanto respeto el código, que ha contado sus letras. Los cristianos, que desde hace mil ochocientos años constituyen la más esclarecida y la más ilustre porción de la humanidad, le celebran como el mediador de la antigua alianza, como el gran enviado de Dios para afirmar y fortalecer la verdad en el mundo, y prepararle á la venida del Redentor. Los árabes, los turcos, los persas le veneran como un profeta del Altísimo. Los griegos y los romanos, aunque generalmente poco exactos en materia de historia, concuerdan, sin embargo, en representárnoslo como un personaje extraordinario y como el legislador de los hebreos.

Recordar á los hombres la primera de todas las verdades, que existe un Ser Supremo, Criador del cielo y de la tierra y Soberano Señor de todas las cosas; prescribirles ante todo el primero de todos los deberes, adorar á este Dios Soberano y no servir más que á él; someter á sus leyes adorables, así á la nación como al individuo, al rey como al esclavo; constituir un pueblo con sus dogmas; pasear este pueblo libertándole de la esclavitud, sacudirle entre el universo como una antorcha que no podrá apagarse; conservar de esta manera para el género humano la sabiduría, la razón, la dignidad, la verdadera religión; he aquí lo que no ha hecho ningún humano legislador; he aquí lo que ha hecho Moisés, ó más bien, he aquí lo que ha hecho por medio de Moisés Dios mismo.

Ningún hombre se olvidó tanto de sí mismo para servir á los hombres.

Nadie más ingrato para con Moisés que el pueblo judío, nadie mejor para el pueblo judío que Moisés. Por todas partes se oyen las murmuraciones. De las amenazas pasa á los hechos. Todo el pueblo gritaba y quería apedrearle. Pero durante este furor defiende su causa delante del Señor, que quería acabar con él. «Yo los heriré con peste y los exterminaré, y te haré príncipe de una gran nación más poderosa que ésta. Si, Señor, respondió Moisés, á fin de que los egipcios no blasfemen contra vos. Glorificad más bien vuestro poder, ¡oh Dios paciente y de gran misericordia, y perdonad á vuestro pueblo según vuestras infinitas bondades! No responde solamente á las promesas que Dios le hace, ocupado en el peligro de este pueblo ingrato y olvidándose siempre de sí mismo. Más bien se ofrece por ellos. «Señor, ó perdonadles este pecado, ó borradme de vuestro libro».

Y después de tantos trabajos, después de haber soportado la ingratitud de este pueblo durante cuarenta años, para conducirlo á la tierra prometida, es de ella excluido; Dios mismo se lo manifiesta, así como que este honor estaba reservado á Josué. En cuanto á Moisés, le dice: «No serás tú el que introducirás este pueblo en la tierra que le daré». Como si le dijera: «Tú has puesto el trabajo y otro recogerá el fruto».

Dios le indica su próxima muerte; Moisés, sin asombrarse y sin pensar en sí mismo le ruega solamente mire por el pueblo. Que el Dios de todos los espíritus provea de un conductor á esta multitud, que pueda marchar delante de ella, llevarla y traerla temiendo que el pueblo del Señor fuese como rebaño sin pastor.

Le ordena una gran guerra en estos términos: «Tú vencerás el pueblo de los madianitas y después morirás». Quiere hacerle saber que no

trabaja para el mismo, sino que es para otros. Al punto, y sin decir una palabra sobre su próxima muerte, Moisés da sus órdenes para la guerra y la acaba tranquilamente.

El poco tiempo que le queda de vida lo ocupa en enseñar al pueblo y en darle las instrucciones que componen el Deuteronomio, y después muere sin recompensa alguna sobre la tierra en un tiempo en que Dios, les daba tan liberalmente. Aarón tiene el sacerdocio para él y para su posteridad; Caleb y su familia son recompensados magníficamente; los demás reciben otros dones; Moisés, nada; no se sabe qué viene á ser de su familia. Es un personaje público nacido para el bien del universo.

Apuró hasta el fondo el cáliz de Jesucristo, cuando escogido para salvar el pueblo, le fué forzoso tolerar continuas rebeliones con riesgo de su vida. Entonces aprendió lo que cuesta salvar á los hijos de Dios, é hizo ver desde lejos lo que una más alta liberación costaría algún día al salvador del mundo.

Fué Moisés ejemplo de los severos celos de Dios y del juicio que ejerce con tan terrible exactitud en los que se hallan obligados por sus dones á una más perfecta fidelidad.

Muere este hombre, á quien hablaba Dios cara á cara, como un amigo á otro amigo; muere: ¿y de qué muerte? A la vista del pueblo que él ha salvado, sube á la cima del monte, acompañado, según la tradición hebrea, de Josué, su sucesor, del gran sacerdote Eleazar y del consejo de los ancianos. Llegado á la cima, Dios le hace ver la herencia prometida. Pero lo que le hace dichoso, no es tanto lo que ve como el que se lo muestra. En otro tiempo había podido contemplar su gloria; le había sido respondido: «Ninguno me verá que no muera». Su voto sin duda se cumplió entonces. Vió á Dios, y murió. Su alma, unida sin intermedio á Aquél que es, se desprendió de su mortal envoltura. Murió, no de muerte, sino de vida, amado de Dios y de los hombres: amado de Dios, que le llamaba su amigo; amado de Dios, que sepultó su cuerpo por ministerio del jefe de los ángeles; amado del Cristo, que ante el día de los días, le resucitará este cuerpo glorioso é inmortal, conversará con él sobre el monte santo del misterio de la eterna misericordia, y entrará con él triunfante á lo más alto de los cielos; amado de los hombres, á quienes Dios oculta el lugar de su sepultura, por temor de que en el exceso de su reconocimiento no hagan de él un dios; amado de los hombres, que, después de Dios, le deben lo que de más precioso tienen: la razón y la religión verdaderas; amado de los hombres, que, después de Dios, le deben el saber de donde proceden, á donde van, lo que son y lo que deben ser.

Un altísimo misterio, apuntado arriba de paso, se nos muestra en la exclusión de Moisés de la tierra prometida.

Este sabio legislador, que con tantas maravillas no hace sino conducir los hijos de Dios á la vecindad de su tierra, nos sirve él mismo de prueba de que su ley sola no lleva á la perfección; y que sin poder darnos el cumplimiento de las promesas, nos las hace *saludar desde lejos*, ó cuando más nos conduce como á la puerta de nuestra herencia. Un Josué es, un Jesús es, aquel hombre tal altamente elevado sobre Moisés en todo, y aun superior sólo por el nombre; éste es aquel que ha de introducir al pueblo en la Tierra Santa.

Por las victorias de este grande héroe, á cuya vista el Jordán retrocede su curso, los muros de Jericó caen por sí mismos y el sol se detiene en la mitad del cielo, Dios establece á sus hijos en la tierra de Canaán de donde arroja por su medio pueblos abominables. Con el odio que infundía contra ellos á sus fieles, les inspiraba un extremo desvío de su impiedad: así quedaron al mismo tiempo llenos de temor á la justicia divina, de cuyos decretos eran ejecutores, por el castigo que contra los otros ejercitaba por su ministerio. Una parte de aquellos pueblos que echó á Josué de su tierra, se estableció en el África, donde largo tiempo después se halló en una inscripción antigua el monumento de su fuga y de las victorias de Josué.

Todo el tiempo que duró el luto, durante los treinta días que siguieron al fallecimiento de Moisés, el pueblo hebreo permaneció quieto en los campos de Moab. Si bien el enemigo no le inquietaba, en cambio, el recuerdo de Moisés les producía esa pena, esa angustia que sólo saben sentir los hijos ante el cadáver de aquel á quien suceden en virtudes y trabajos.

Bien es verdad que del lado acá de Jordán no tenían quien los inquietara, y que los moradores de la otra orilla no se atrevían á salirles al encuentro. ¿Quién había de inquietarles materialmente? Nadie. Sólo el grito de la conciencia les argüía, les presentaba á cada paso las ingratitudes cometidas con Moisés.

Pero el tiempo, ayudado por las circunstancias, forma un lenitivo. Tan luego como pasaron los treinta días, Josué empuñando de un modo resuelto las riendas del poder civil que había recibido del primer caudillo del pueblo hebreo, comenzó á proceder.

En comprobación de cuanto Moisés había predicho, el Señor dijo á Josué: «Cuanto pise vuestro pie, desde el desierto hasta el Libano, hasta el río Eufrates, toda la tierra de los Heteos, hasta el mar Grande, hacia el sol^o poniente, serán vuestros términos».

Eran, pues, los límites de la tierra prometida: por Oriente, la Siria; por el Mediodía, el desierto de Farán, comprendiendo el de Cades y el de Sin; por el Occidente, el Mediterráneo; por el Septentrión, el monte Libano.

Comprendía la Tierra de Promisión un espacio amplio, fecundo, de clima agradable. Sus tierras eran feraces; producían todos los frutos de la tierra. Por su posición, era aquella herencia propia para labrar la felicidad de un pueblo. Por tierra y por mar, el comercio era fácil. ¿Qué más se podía pedir que un país en el que se hallaba desde el oro nativo y la piedra preciosa hasta el lino y el cáñamo? ¿dónde á la felicidad del suelo se unía la radiante luz de un sol rara vez empañado por las nubes? Tal era su aspecto en la antigüedad, pues floreciente y rica nos la pinta la Sagrada Escritura. Estudiemos su estado actual.

II

Al examinar su estado hemos abierto el *Viaje* de Lamartine, y leemos el siguiente trozo: «Cuando traspusimos la colina (una colina de Galilea), presentóse á nuestra vista la Tierra Santa, la tierra de Canaán; grande fué nuestra emoción, grata y profunda: no era la tierra yerma, pedregosa, estéril, la aglomeración de montañas bajas y peladas con que se nos representa la Tierra Santa, dando crédito á algunos escritores apasionados ó á ciertos viajeros que en su precipitación sólo escriben lo que no han visto de los *inmensos* y variados dominios de las doce tribus, incluso el pedregoso camino que conduce de Jaffa á Jerusalén. Cautivado por tales relatos, no esperaba ver otra cosa que lo que aquellos escriben, esto es, una comarca reducida, sin horizonte, valles, llanuras, árboles, ni agua; una comarca abundante de montecillos pardos ó blanquicos donde el árabe salteador se esconde tras una mata para acometer al transeunte; tal es quizá el camino que conduce de Jaffa á Jerusalén: PERO HE AQUÍ LA JUDEA...»

Hasta que veamos cómo es posible que Judea se encuentre en el riñón de Galilea, ó antes que hayamos recorrido, no los *inmensos dominios* de las doce tribus, sino la desolada comarca que fué Tierra prometida, para transcribirla tal como aparece hoy día, traslado á la atención del lector la siguiente descripción de Judea: «Aquí es donde tuvo Lióncio asiento, situación desgraciada para capital de un gran pueblo; más parece fortaleza natural de un pequeño pueblo que expulsado de su patria